

ALEXANDER BERKMAN

MEMORIAS DE UN
ANARQUISTA EN PRISIÓN

Traducción de Albert Fuentes


melusina

Título original: *Prison memoirs of an anarchist*

© De la traducción y nota del traductor: Albert Fuentes

© De la introducción: Marc Viaplana

© Editorial Melusina, s.l., 2007
www.melusina.com

Diseño gráfico: David Garriga

Primera edición, 2007
Reservados todos los derechos.

Fotocomposición: Víctor Igual, s.l.
Impresión: Romanyà Valls, s.a.
ISBN-13: 978-84-96614-25-3
ISBN-10: 84-96614-25-5
Depósito legal: B.27.475-2007
Impreso en España

PRIMERA PARTE

EL DESPERTAR Y SU TRIBUTO

I

La llamada de Homestead

I

Cada detalle de aquel día me quedó nítidamente grabado en la memoria. Es el 6 de julio de 1892. Estamos —Fedya y yo— tranquilamente instalados en la parte trasera de nuestro pequeño apartamento cuando de repente entra la Muchacha.* Sus pasos, ya de por sí rápidos y enérgicos, suenan más decididos que de costumbre. Al volverme hacia ella, me sorprende el brillo peculiar de sus ojos y sus colores subidos.

—¿Lo has leído? —grita, enarbolando un periódico medio abierto.

—¿De qué se trata?

—Homestead. Han tiroteado a los huelguistas. Los Pinkerton** han matado a mujeres y niños.

Habla deprisa y con la voz entrecortada. Sus palabras suenan como el lamento de un animal herido, su voz melodiosa no puede

* Emma Goldman, principal interlocutora de estas memorias y figura señera del anarquismo norteamericano.

** Pinkerton National Agency. Empresa de seguridad privada que a finales del siglo XIX participó activamente en la represión de los movimientos obreros en Estados Unidos.

ocultar la aspereza de su amargura, la amargura de una agonía desesperada.

Le arranco el periódico de las manos. Mi emoción va en aumento a medida que me adentro en el vívido relato del espantoso combate, la huelga de Homestead o, mejor dicho, el cierre patronal. El relato describe el complot por parte de la compañía Carnegie para aplastar a la Asociación Reunida de los Trabajadores del Hierro y el Acero; la designación, con ese propósito, de Henry Clay Frick, cuya hostilidad hacia el proletariado es implacable; sus preparativos militares en secreto cuando fingía proseguir las negociaciones con la Asociación; la fortificación de las acerías de Homestead; la construcción de una empalizada rematada con alambre de púa y provista de aspilleras para los francotiradores; la contratación de un ejército de matones de la Pinkerton; el intento de introducirlos a hurtadillas en Homestead a altas horas de la noche; y finalmente la terrible matanza.

Le doy el periódico a Fedya. La Muchacha me mira. Permanecemos sentados en silencio, cada uno absorto en sus propios pensamientos. Sólo de vez en cuando intercambiamos alguna palabra o una mirada expresiva, inquisitiva.

II

El calor es asfixiante en el tren. El ambiente está muy cargado de humo de tabaco; la bulliciosa conversación de unos hombres jugando a cartas me saca de quicio. Me vuelvo hacia la ventana. La ráfaga de aire perfumado, henchida con la generosa fragancia del heno recién segado, resulta balsámica y reparadora. Bosques verdes y campos amarillos trazan un círculo a lo lejos, se ensortijan, cada vez más cerca y, entonces, pasan volando y ceden su lugar a nuevos círculos de campos y bosques. El país parece joven y atractivo bajo los primeros rayos de sol. Pero mis pensamientos giran alrededor de Homestead.

La gran batalla ya se libró. Nunca antes, en toda su historia, los obreros americanos habían logrado una victoria tan señalada. Con

la fuerza de sus brazos, los trabajadores de Homestead han conseguido que unos trescientos Pinkertons se rindan, la rendición más deshonrosa e ignominiosa. ¡Qué humillante derrota para los poderes establecidos! ¿O es que los jenízaros de Pinkerton no representan la autoridad organizada, siempre dispuestos a aplastar a los jornaleros en beneficio de los explotadores? El imprevisto despertar caerá con todo su terror sobre los enemigos del pueblo. Pero el pueblo, los trabajadores de América, ha saludado con alborozo a los hombres rebeldes de Homestead. Los trabajadores del acero no fueron los agresores. Con resignación trabajaron sin descanso y sufrieron. De su carne y de sus huesos prosperó la gran industria del acero; con su sangre engordó la poderosa Carnegie Company. Y aun así esperaron pacientemente un mejor reparto de la riqueza que estaban creando. Como un trueno en un día soleado cayó el golpe: ¡se proponían bajar los salarios! Los magnates del acero rechazaron terminantemente continuar con la escala móvil de salarios que se había acordado como una garantía de paz. La firma Carnegie desafió a la Asociación con la propuesta de unas condiciones que sabía que los trabajadores no podrían aceptar. Previendo el rechazo, se exhibió con unos preparativos más propios de una guerra para aplastar al sindicato con su talón de hierro. El pérfido Carnegie se amilanó. Acababa de proclamar a los cuatro vientos la santa palabra de la buena voluntad y la armonía. «Sentaría como una máxima», había declarado, «que nada puede excusar una huelga o un cierre patronal hasta que el arbitrio de las desavenencias haya sido propuesto por una de las partes y rechazado por la otra. El derecho de los trabajadores a asociarse y formar sindicatos no es menos sagrado que el derecho del fabricante de crear asociaciones y conferencias con sus semejantes, y tarde o temprano deberá concederse. Los fabricantes deberían llegar a *algo más que un compromiso* con sus hombres.»

Con su labia el gran filántropo convenció a los trabajadores de que refrendasen el aumento de los aranceles. Toda vez que había conseguido la protección de sus fundiciones, Andrew Carnegie obtuvo una reducción de los impuestos sobre los lingotes de acero como recompensa por su generosa contribución a la campaña de los republicanos. Con un control total sobre el mercado de los lingotes

de acero, la Carnegie maquinó la depresión de los precios como aparente consecuencia de la rebaja de los impuestos. Pero el precio de mercado de los lingotes era el único criterio para los salarios de las fundiciones de Homestead. ¡Los sueldos de los trabajadores tienen que reducirse! La propuesta por parte de la Asociación de arbitrar la nueva escala salarial fue despreciada y rechazada: nada había que arbitrar; los hombres deben someterse incondicionalmente; había que aniquilar el sindicato. Y Carnegie designó a Henry C. Frick, el sanguinario Frick de las regiones del coque, para ejecutar el programa.

¿Acaso los oprimidos tendrán que doblegarse siempre? Los hombres de Homestead se rebelaron; los trabajadores de las fundiciones rechazaron el despótico ultimátum. Entonces cayó sobre ellos la mano de Frick. ¡La guerra había empezado! La cólera barrió el país. A lo largo y ancho de estas tierras, se censuró con toda el alma la actitud de la Carnegie Company, y la despiadada brutalidad de Frick fue execrada por todo el mundo.

No podía quedarme al margen. La hora era urgente. Los jornaleros de Homestead habían desafiado al opresor. Se estaban despertando. Pero los trabajadores del acero mostraban una rebeldía ciega. Sólo la visión del anarquismo podía imbuir su descontento de un objetivo revolucionario consciente; sólo el anarquismo podía dar alas a las aspiraciones de los obreros. La propagación de nuestras ideas entre el proletariado de Homestead iluminaría la gran lucha, contribuiría a clarificar las cuestiones sobre la mesa y a señalar el camino hacia una emancipación final completa.

Un resquemor febril consumía mis días. La conmovedora llamada, «¡Despertad obreros!», incendiaría los corazones de los desheredados y les inspiraría los actos más nobles. Llevaría a los oprimidos el mensaje del Nuevo Día y les prepararía para la Revolución Social en ciernes. Homestead sería el resplandor rosado del Amanecer glorioso. ¡Cómo me enojaban los obstáculos que mi proyecto encontraba! Dificultades imprevistas entorpecían cada uno de mis pasos. Los esfuerzos por conseguir traducir mi octavilla a un inglés popular re-

sultaron infructuosos. Distribuir un llamamiento tan exaltado me pondría en peligro, protestaba mi amigo. Con impaciencia desestimé sus objeciones. ¡Como si las consideraciones de orden personal pudieran pesarse, siquiera por un instante, en la balanza de la gran causa! Pero en vano discutí y defendí mi postura. Y entre tanto se perdía un tiempo precioso, y nuevos obstáculos me cerraban el paso. Corría como un poseso del impresor al cajista, suplicando, implorando. Nadie osaba imprimir el llamamiento. Y el tiempo volaba. De pronto centellearon las noticias de la matanza cometida por los Pinkerton. El mundo se quedó horrorizado.

El tiempo de los discursos había pasado. A lo largo y ancho de estas tierras los jornaleros se hicieron eco del desafío de los hombres de Homestead. Los trabajadores del acero se habían reunido valientemente para acometer la defensa; de la ciudad llegaban los asesinos de la Pinkerton. Pero desde las riberas de Monongahela clamaba con toda su aliento la sangre de las víctimas del Dios Dinero. Clama con toda su fuerza. Es la llamada del pueblo. ¡Ah, el pueblo! El pueblo grande, misterioso, y aun así tan próximo y real...

Mi mente me lleva de vuelta a la pequeña ciudad universitaria rusa, inmerso en el círculos de estudiantes de Petersburgo, de vuelta a casa por vacaciones, nimbados con el halo de aquella cosa vaga y preciosa que llamábamos ser «nihilista». El tren acelerado, Homestead, los cinco años en América, todo cae bajo la niebla, brumoso en los confines de la irrealidad, de los siglos; y de nuevo tomo asiento entre seres superiores, y escucho respetuosamente la discusión apasionada de elevadas cuestiones apenas comprendidas, con el incesante y recurrente estribillo de «Bazarov, Hegel, Libertad, Chernishevsky, *v naród.*» ¡Por el pueblo! ¡Por el simple y hermoso pueblo, tan noble pese a los siglos de sufrimiento envilecedor! Como un toque a rebato suena en mis oídos la nota, entre el estruendo de las posiciones encontradas y la fraseología oscura. ¡El pueblo! Cuando me dejo llevar por la mitología griega, ÉL se me figura como el poderoso Atlas, que sostenía en sus hombros el peso del mundo, la espalda doblada, en su rostro el espejo de un sufrimiento inenarrable, en su ojo la mirada de una angustia desesperada, la muda y lastimosa sú-

plica de ayuda. ¡Ah, poder ayudar a este desesperado gigante doliente! ¡Poder aliviar su pesada carga! El camino es oscuro, los medios inciertos, pero en el caldeado debate estudiantil la nota suena nítida: por el pueblo, sé uno de ellos, comparte sus alegrías y sus penas, y así podrás enseñarles. ¡Sí, ésta es la solución! ¿Pero qué está diciendo este pelirrojo, Misha, de Odessa? «No veo ningún inconveniente en ir con el Pueblo, pero los hombres enérgicos de la acción directa, los Rajmetovs, iluminan el camino de la revolución popular mediante actos individuales de revuelta...»

«El billete, por favor». Una pesada mano cae sobre mi hombro. Con dificultad comprendo la situación. Los jugadores de cartas intercambian improperios. El revisor arranca el cartón con un gesto experto, y se lo lleva bajo el brazo caminado tranquilamente. Un estruendo de carcajadas saluda a los jugadores. Los demás pasajeros les toman el pelo y éstos pronto se relajan. Ahora, la tranquilidad se adueña del vagón.

Me cuesta trabajo no caer de nuevo en mis ensoñaciones. Debo crearme un plan de acción definido. Tengo muy claro mi objetivo. Una batalla terrible tiene lugar en Homestead: el pueblo está haciendo gala de un gran temple en su resistencia contra la tiranía y la invasión. Mi corazón se regocija. He aquí, por fin, lo que siempre había esperado del trabajador americano: una vez en pie, no tolerará ninguna injerencia, luchará contra todos los obstáculos, y sus conquistas le llevarán más allá de sus primeras exigencias. Es el espíritu del pasado heroico reencarnado en los trabajadores del acero de Homestead, en Pensilvania. ¡Qué alegría suprema contribuir a esta tarea! Esta es mi misión natural. Siento en mí la fuerza de una gran empresa. Ni una sombra de duda empaña mi decisión. El pueblo —los jornaleros del mundo, los productores— integran, a mi parecer, el universo. Sólo ellos cuentan. Los demás son parásitos que no tienen ningún derecho a existir. Pero la tierra pertenece al Pueblo —por derecho, aunque no de hecho—. Para conseguir que lo sea también de hecho, cualquier medio es justificable, mejor dicho, aconsejable, incluso si ello exige eliminar vidas. La cuestión acerca del bien moral a menudo perturbaba los círculos que solía frecuen-

tar. Siempre tomé partido por la opinión extrema. Cuanto más radical sea el tratamiento, sostenía, tanto más rápida será la cura. La sociedad es un paciente enfermo, tanto constitucional como funcionalmente. El tratamiento quirúrgico es a menudo imperativo. El derrocamiento de un tirano no resulta simplemente justificable, sino que es la obligación más alta de cualquier revolucionario auténtico. La vida humana es, desde luego, sagrada e inviolable. Pero la muerte de un tirano, de un enemigo del Pueblo, no debe ser considerada en absoluto como la supresión de una vida. Un revolucionario preferiría perecer mil veces a ser culpable de lo que se entiende de ordinario como un asesinato. En verdad, asesinato y *Attentat** se me antojan términos opuestos. Eliminar a un tirano equivale a un acto de liberación y a dar vida y oportunidades a los oprimidos. Cierto es que la causa a menudo empuja al revolucionario a cometer actos desagradables. Pero es el lance de honor de un verdadero revolucionario —mejor dicho, su orgullo— saber sacrificar cualquier sentimiento simplemente humano en cuanto oye la llamada de la causa del pueblo. Si ésta le exige su propia vida, tanto mejor.

¿Puede haber algo más noble que morir por una causa grande, sublime? Pero si la vida de un verdadero revolucionario no tiene otro objetivo, otro sentido, en realidad, que sacrificarla en el altar del pueblo bienamado. ¿Y existe algo en la vida más alto que ser un verdadero revolucionario? Un revolucionario es un *hombre*, un HOMBRE completo. Un ser que no posee ni intereses personales ni deseos más allá de las necesidades de la causa; que se ha emancipado de ser simplemente humano y se ha elevado por encima de ello, hasta la altura de una convicción que no deja lugar a dudas ni arrepentimiento; en pocas palabras, un ser que en lo más profundo de su alma se siente revolucionario primero y humano después.

* Acción política violenta destinada a despertar la conciencia de la clase obrera. Se enmarca en la noción más general de propaganda por el hecho, popularizada por el anarquista francés Paul Brousse en 1877, y asumida en 1881 por la internacional anarquista celebrada en Londres. Tiranocidios, regicidios y en general la muerte de los representantes visibles de la opresión del pueblo son los objetivos del *Attentat*, que debe desencadenar una espiral de terror y abrir las puertas de la revolución.

Siento que soy un revolucionario de esta especie. De hecho, mucho más si cabe que los radicales extremistas de mi propio círculo. Mi mente regresa a un incidente característico relacionado con el poeta Edelstadt. Ocurrió en Nueva York, alrededor de 1890. Edelstadt, el alma más delicada que haya existido, era amado por todos y cada uno de los integrantes de nuestro círculo, los *Pioneros de la Libertad*, la primera organización anarquista judía fundada en tierras americanas. Una tarde los amigos más íntimos de Edelstadt se reunieron para estudiar algunas posibilidades de ayudar al poeta enfermo. Se resolvió enviar a nuestro camarada a Denver y alguien sugirió que a tal efecto tomásemos el dinero necesario del fondo para la revolución. Me opuse. Aunque era un amigo personal de Edelstadt, y su antiguo compañero de habitación, no podía permitir, sostenía entonces, que los fondos que pertenecían al movimiento fuesen destinados a fines privados, con independencia de su bondad o incluso necesidad. Mi parecer les mereció la más firme repulsa, pero salí al quite con este desafío:

—¿Pretendéis ayudar a Edelstadt, el hombre y el poeta, o a Edelstadt el revolucionario? ¿Lo consideraréis un revolucionario verdadero? Su poesía es hermosa, desde luego, y acaso pueda resultar de algún valor propagandístico. Ayudad a nuestro amigo con vuestros fondos privados, si es vuestro deseo, pero sólo podemos destinar dinero del movimiento a actividades revolucionarias directas.

—¿Afirmas, pues, que el poeta significa menos para ti que el revolucionario? —me preguntó Tijon, un joven estudiante de medicina, a quien habíamos dado en broma el mote de «Lingg», por su muy lograda imitación del aspecto físico del célebre revolucionario.

—En primer lugar soy revolucionario. Luego, hombre —repuse convencido.

—O eres un bellaco o un héroe —me espetó.

«Lingg» tenía toda la razón. No podía conocerme. Pese a su imitación del mártir de Chicago, a su mentalidad burguesa mis palabras debieron sonarle como más propias de un bellaco. Bien, llegará el día en que «Lingg» sepa quién soy de los dos, si el bellaco o el revolucionario. No considero el término «héroe» porque pese a que el

tipo de revolucionario que soy pueda ser conocido popularmente como tal, esta palabra nada significa para mí. Simplemente indica un revolucionario que cumple con su obligación. En ello no hay heroísmo: es lo que un revolucionario debe hacer, ni más ni menos. Rajmetov hizo más, demasiado, de hecho. Pese a la gran admiración que profeso por Chernishevski, quien tuvo una influencia tan poderosa en la juventud de mi tiempo, no puedo eliminar cierto resquicio de resentimiento porque el autor de *¿Qué hacer?* representó a su archi-revolucionario Rajmetov sometido a un sistema de incalificables torturas autoinfligidas a fin de prepararse para futuras exigencias. Era un signo de debilidad. ¿Acaso los revolucionarios necesitan prepararse, acerar los nervios y curtir el cuerpo? Esta alusión a la desnuda arcilla humana del revolucionario se me antoja casi como un insulto personal.

No, el revolucionario consumado no necesita semejantes preparativos que terminan por hacerle dudar de sí mismo. Porque sé que yo no los necesito. Por extraño que parezca, esta impresión es bastante impersonal. Sí, mi propia individualidad queda íntegramente postergada, es más, no existe personalidad que valga cuando lo que está en juego es la causa. Soy simplemente un revolucionario, un terrorista por convicción, un instrumento para impulsar la causa de la humanidad; en pocas palabras, un Rajmetov. En efecto, adoptaré este nombre en cuanto llegue a Pittsburgh.



El agudo chirrido de la locomotora me despierta de un sobresalto. Mi primer pensamiento es para mi cartera, que contiene importantes direcciones de algunos camaradas de Allegheny que estaba intentando memorizar cuando debí de quedarme dormido. ¡La cartera ha desaparecido! Por un instante el terror se apodera de mí. ¿Qué pasará si la he perdido? De repente mi pie roza algo blando. La recojo del suelo y descubro con inmenso alivio que todo su contenido está a salvo: las valiosas direcciones, una pequeña litografía de Frick aparecida en un periódico, y un billete de un dólar. La alegría de haber recuperado la cartera no se ve ensombrecida ni un ápice por la